
*En palabras
de Luis Vicente de Aguinaga*



Líneas de octubre, o límites

Por qué venir.
La ventana se ahueca y nos repite.
No habrá tormenta si esos pájaros
consiguen desprenderse unos de otros,
alborotar sus nexos de racimo y de piedra
y anidar en follajes más altos que el futuro.

Por qué venir.
Ya en el aire se aspira nuestro aliento.
(Horas por las que avanza el día,
nubes por las que avanza el aire
sin que el tiempo se mueva).

Tendrás que detenerme: abrir las manos
y cerrar desde lejos la ventana.

De los antiguos conocidos

Lo encontré
muy cambiado, convertido
en él mismo y ya
no en el único heredero
de aquellos tragediones familiares,
de aquella resignación ante las vueltas
del cero y de las vacaciones en agosto.
“Juan”, pensé yo.
La barba le había crecido como un hijo
que a toda costa buscara abandonarlo. Juan,
podría llamarse entonces, o Roberto,

lo mismo que nadie por la calle.
Insistía, sin embargo, en el deporte ilustre
de alargarse los apellidos y las deudas
y hablaba de sus tías como quien habla de
fincas.
(No eran tampoco buenas horas
para conversar.
Se impone reconocerle su vehemencia).

Después nos acordamos del colegio,
de los maestros uno a uno y por sus vicios
o del mongol siniestro que bajaba los ojos
—el hijo del conserje, supusimos—
cuando le hacíamos, desde el patio, señas
urgentísimas.

Y la crueldad de los horarios,
y el conductor del autobús de la mañana,
y los otros, también, que eran más jóvenes,
los niños, que ahora tienen
la edad que yo creo seguir teniendo.
Juan, podrías llamarte. Muy cambiado.

Los dos seguimos siendo unos idiotas.

Poema del libro inédito “Sobre los jueces del infierno”, de Luis Vicente de Aguinaga.

Lo menos

Siento un árbol que espera
junto a mi costado.
Que una asamblea sobre mis hombros
de hormigas trepadoras o indecisas
nubes de julio (aunque es enero)
despuebla mi boca de figuras.
Y no hay nadie. Los tallos,
cada grano del césped,
los alfiles

pasajeros del día,
crecen como los dedos de una mano
que ha estado acariciando un sexo ambiguo:
separados, culpables,
poderosos. Una rama, una sombra:
en esta plaza —Plan
de la Canorga, en occitano—
siento, por mínimo
que sea, el don
de la extrañeza. Mi rostro,

por mínimo
que seas.

Poema del libro inédito "Sobre los jueces del infierno", de Luis Vicente de Aguinaga.